LUMEN DE LUMINE

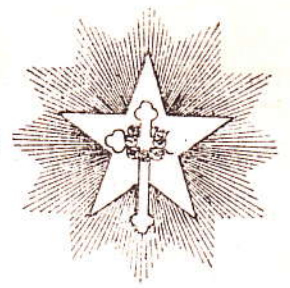
Dirección y Administración: Rivera 2924 — Ap. 2
Montevideo - Uruguay

Esta revista tiene como propósito el de difundir las doctrinas herméticas acerca de la evolución del universo y el hombre.

Con gusto atenderemos pedidos sobre temas que el lector desee se traten, o consultas relativas a los que se publiquen. Toda correspondencia será recibida con placer y contestada prontamente. Las cartas deben dirigirse a nombre del Redactor Responsable:

Guillermo de Pró
Casilla de Correo 1358
Montevideo, Uruguay.

LUMEN DE LUMINE, por el momento, será publicado trimestralmente. Precio del número suelto $ 1.80. Se aceptan suscripciones anuales a razón de $ 6.00 uruguayos o su equivalente en moneda argentina o dólares americanos.

LUMEN de  LUMINE

II Nº 4

Conocimiento y Crecimiento

Si bien no hay regla sin excepciones, puede decirse que el común denominador del individuo moderno, consiste en comportarse siempre como espectador, calmando sus necesidades sentimentales, intelectuales, artísticas y de lucha, ya identificándose con el héroe de una película, con la plataforma de ideas — ya pensadas por otro — de un partido político, con e' virtuoso ejecutante de una pieza musical, o con el deportista — que juega por uno — el emocionante partido. Así es como el hombre de nuestra época intenta alimentar su corazón con emociones artificiales, en el fondo para evitarse los riesgos inherentes al verdadero sentir; o vive el vanidoso halago de sentirse hombre de ideas sin tener que recurrir a la dolorosa tarea de pensar; o consigue de confección el placer artístico; o se inflama con el ardor de la lid deportiva sin abandonar la cómoda comodidad de su butaca... sin darse cuenta que en este juego del escamoteo el único burlado es él mismo y no la Vida; él, cuyos únicos actos propios terminan por ser solamente los del vegetativo nacer, comer, dormir y morir.

Por cierto que esta negativa actitud de vivir siempre por interpuesta persona, tan vulgar no es la adecuada para producir la madurez interior que caracteriza al hombre verdadero ni la que conduce a esa plenitud del vivir que flore-

ce en el despertar iluminado propio de la iniciación. Y si bien se equivoca quien pretende ajustar su vida a la comodidad de esta práctica, erra de más importante modo quien pretenda continuarla dentro del ámbito del Templo, En este sentido, uno de los errores más corrientes cometidos aún por los aspirantes serios, consiste en la creencia de que el aprendizaje iniciático puede encararse por medio del simple estudio libresco, en forma parecida a como en la vida profana se logra la instrucción vulgar. El progreso espiritual no depende ni consiste en el simple amontonamiento de conocimiento sobre conocimiento, sino en un especial crecimiento o desarrollo producido por una peculiar forma de sentir, pensar y obrar, para producir la cual la lectura o estudio teórico es totalmente inoperante. Todo lo más, lo único que proporciona es la explicación del proceso interior; y no tiene valor ninguno si no se suplementa vigorosamente con la gimnasia del sentir y realizar que va sumando la habilidad al saber, y el entendimiento al poder ejecutivo. ¿Acaso son los conocimientos escolares los que hacen de un niño un adolescente? ¿Son los libros leídos durante la pubertad lo que convierte al niño en joven? ¿Es la teoría lo que hace del último un hombre adulto y maduro? No por cierto, y no hay libro, ni conocimiento, ni teoría que pueda hacer de una persona común un Hombre, ni de éste un Iniciado; lo primero se logra por medio del Vivir con mayúscula, lo segundo por la Iniciación. Y así como no existe tratado de embriología capaz de hacer concebir a la mujer que lo lea, tampoco la vulgar erudición en temas de ocultismo hace nacer la luz del Iniciado. Para ambas cosas se requiere la intervención de un Iniciador, y la ulterior, paciente y laboriosa gestación de la semilla recibida.

Una vez bien entendido que el progreso espiritual no consiste en aprender, sino en crecer, y que es imposible el crecer sin el previo haber nacido; y una vez que se haya logrado el comienzo del proceso de la gestación del hombre espiritual — o mejor dicho del *cuerpo* del hombre espiritual — entonces sí, y recién entonces, la teoría se hace interesante, útil y necesaria, porque ilumina el entendimiento de lo que ocurre y proporciona el conocimiento con que evitar

los siempre posibles accidentes que pueden retardar, desviar, y aún echar a perder todo el trabajo. Pero aún así, el aspirante no necesita poseer esos conocimientos él mismo, sino que, como ocurre en la vida corriente, puede servirse de los buenos oficios de otro que los posea, como lo hace la joven madre que acude al médico, o el campesino que hace analizar sus tierras por el quimico, o busca el consejo del ingeniero agrónomo para la dirección y el cuidado de sus siembras. Y como en esos casos, la elección del técnico debe hacerse con toda cautela, o ,quizá con cuidado mayor, toda vez que va en ello algo más importante que el beneficio de una cosecha, el cuidado de un suelo, o aún la vida material de madre e hijo. A este respecto permítasenos señalar dos prácticas tan malsanas como extendidas, que consisten, la primera en que los aspirantes prefieren consultarse entre sí antes de recurrir, dentro del grupo en que viven, al de más conocimiento y experiencia, como las comadres del barrio, que, en su ignorancia, sustituyen el docto cuidado del profesional por la tisana de la vecina o el consejo del curandero de extramuros; y la segunda, en la vanidosa sí que tonta actitud del autodidacta, que en lugar de someterse a las disciplinas de un sistema probado, o de buscar el consejo autorizado, prefiere dirigir él mismo su propio desarrollo con prácticas caseras elegidas por él mismo, de algún libro al que sí concede autoridad...

Por o demás, pretender el progreso iniciático sobre bases librescas, es como querer emular a Platón leyendo los Diálogos: un fraude. Por que el filósofo se hace pensando y no tomando lo ya elaborado para repetirlo; otra cosa es querer trasladar al Templo la estéril actitud de espectador a que aludiamos al principio, que consiste en acallar la urgencia interior identificándonos con lo que otro pensó o piensa, con lo que otro sintió o siente, con lo que otro hizo o hace. Por otra parte, los Iniciados no nacen ni se hacen en las bibliotecas, sino en las misteriosas cámara de los Templos; si otra cosa fuese posible, bastaría con que el candidato recibiese por correo el ritual de las ceremonias de Iniciación...

Desde ningún punto de vista puede considerarse el estudio como método de desarrollo; todo lo demás constitu-

ye sólo una forma de mejor servicio; un medio para estar en condiciones de aconsejar con más prudencia, y de explicar con más claridad los hechos y circunstancias propias de los primeros pasos en la vida espiritual. Tomado de otra manera, y especialmente considerado como medio para alcanzar la Sabiduría, lejos de ser una ayuda, es insalvable impedimento. Porque entre un erudito y un sabio media la misma distancia que entre un profano y un iniciado.

Por otra parte, nada más contrario a la altruista e impersonal médula de la vida espiritual que la vana y egocentrada actividad de quienes buscan embellecer su personalidad con el falso oropel de un conocimiento que, en puridad de verdad, no les pertenece. Porque, ¿qué diferencia puede existir entre el nuevo rico semianalfabeto que se da lustre de intelectual llenando de libros que no leyó los anaqueles de su señorial biblioteca, y el pseudo-conocedor que los almacena en su memoria? ¿Qué clase de absurda alquimia es esa de leer libros por la que se pretende convertir en propio el conocimiento ajeno? ¿Acaso leer libros de viajes es viajar? Pues tampoco es conocer leer libros de Conocimiento.

Y ya que estamos en el tema, conviene repetir para que no se olvide que, el camino que en un alarde de falso desinterés se autodenomina pomposamente "del conocimiento por el conocimiento mismo", al alejar al hombre de la acción, lo separa del Servicio y lo condena a la esterilidad y al aislamiento egoísta. Encerrado en una torre de marfil, el incauto que ha caído en esta vanidad, se siente *elevado* sobre el resto de la humanidad, cuyos problemas y dolores no le alcanzan, cuando en realidad lo que está es *separado* de ella. De esta madera están hechos los filósofos meramente especulativos que carecen de un fin práctico que justifique sus esfuerzos. Y por cierto que sus inoperantes disquisiciones "filosóficas" terminan por parecerse mucho a las absurdas de sus no muy lejanos y monásticos antecesores que discutían sesudamente acerca de cuantos ángeles pueden bailar en la punta de una aguja...

El fin y el justificativo de todo conocimiento debe ser el Servicio y no hay ideal más sublime en la vida que Servir.

El Deseo

El sendero del Poder es sólo para aquellos que después de haber sido inmensamente débiles han adquirido la capacidad de ser inmensamente fuertes. Después de haber experimentado la absoluta negación, debe experimentarse la absoluta afirmación.

El hombre que quiere hacerse fuerte debe comenzar por ser débil. Toda esa energía versátil y movediza que lo empuja a hacer hoy esto y mañana aquello, debe desaparecer. El deseo es la fuerza de la humanidad; el deseo la arrastra de un punto a otro, de una ilusión a otra. Pero esta fuerza es solo aparente. Porque no es el hombre quien la posee: es el deseo el que posee al hombre. De ahí que sea meramente un esclavo. Un esclavo de sus posesiones materiales, un esclavo de sus posesiones mentales, un esclavo de sus posesiones morales.

No todos persiguen el dinero con ser muchos los que en este fin tienen puestos los ojos, ni todos persiguen el amor material o el placer de los sentidos: hay quienes con igual afán persiguen la virtud o el talento. Pero en todos es el Deseo, nada más que el Deseo, lo que los incita a obrar, a moverse, a sufrir angustias y decepciones, y también a sufrir placeres y diversiones. El fin es distinto, pero la realidad es la misma: la esclavitud del hombre ante el Deseo, sea éste bajo o elevado.

El dominio del deseo no significa ni su aniquilamiento ni su retencinó o represión. El dominio del deseo significa la

posibilidad de desear cualquier cosa con toda intensidad, y el poder de abstenerse de satisfacer dicho deseo sin que tal cosa provoque ni la sombra de un disgusto interno o insatisfecho. Esto parecerá imposible para quien no es un ocultista, pero es muy sencillo para quien ha recibido ciertas iniciaciones menores. Quienes tienen el poder de suprimir el deseo en estas condiciones, poseen igualmente el poder de infundir o crear deseos en los demás, o de aniquilarlos, según sea su voluntad.

Quien siguiendo un procedimiento erróneo, ha aniquilado en sí mismo el deseo, se ha privado de su fuerza. El secreto consiste no en destruir una fuente de energía, sino en hacerse dueño de ella y utilizarla y aplicarla a fines útiles y altruístas.

Sé activo: con la actividad de la vida interna.
Sirve, con el servicio de la vida interior.
Sé fragante, con el aroma del espíritu.

Entonces lo grande se hará pequeño; lo mucho se convertirá en poco; y el mal será recompensado con Bien.

Medita en las cosas difíciles, hasta que se conviertan en fáciles; haz grandes cosas, hasta que se convierttan en cosas pequeñas.

Tao Teh King.

Cartas de los Instructores

A UN APRENDIZ

Decís que hace ya algún tiempo que concurrís a nuestras reuniones sin haber podido aún averiguar qué es la Orden. Permitidnos señalar que tampoco han podido los hombres determinar exactamente qué cosa es la electricidad, y sin embargo la producen, controlan y utilizan... pero lo mismo trataremos de ayudaros en vuestras inquietudes.

Lo nuestro es un Sistema, y como tal puede aplicarse a diversas disciplinas entre las que cabe contar la moral, la filosofía, y el conocimiento general de las leyes que rigen el desenvolvimiento del hombre y el cosmos, en su totalidad físico-psico-espiritual. Como el álgebra que, siendo de naturaleza abstracta y pudiendo estudiarse y aprenderse en su inmaterial pureza, puede y debe aplicarse a la solución de problemas prácticos de todo orden, desde los físicos o químicos hasta los de naturaleza puramente intelectual de que se ocupa el álgebra lógica y la matemática superior. ¿Qué es el Algebra? Pues un sistema. ¿En qué consiste lo trascendente de nuestra Fraternidad? También en un sistema, y como tal puede estudiarse en sí mismo, o utilizarse en sus múltiples aplicaciones prácticas.

La más evidente de tales aplicaciones se encuentra en la esfera de la moralidad. En ese sentido se .dice que el nuestro es un "peculiar sistema de moralidad velado por alegorías y enseñado e ilustrado por medio de símbolos".

Y verdaderamente se trata de un sistema peculiar, porque sin necesidad de maestros humanos, con sólo la acción de un conjunto impersonal de símbolos, nuestro sistema nos enseña e inculca los principios más excelsos y elevados de moral y de virtud. De uno de estos símbolos aprendemos la rectitud de juicio, de otro a mantenernos siempre dentro de los límites precisos en todos nuestros sentimientos, pensamientos y actos, de un tercero aprendemos la lección del equilibrio y la Belleza que emana de la inconmovible posición de quien está "a plomo" consigo mismo...

Esta tarea de aprender de los símbolos sus lecciones de moral, y la complementaria de aplicar en la práctica lo aprendido, se convierte en agradable juego que, en definitiva, no es otra cosa que beneficente ejercicio del ánimo, constructor de los más nobles y elevados hábitos. Con lo que nuestro sistema tiene una nueva virtud aparte de su impersonalidad: la de proponer la rectitud de actos, pensamientos y sentimientos, por el mero placer que de ello se deriva, y no por la esperanza de ninguna recompensa presente ni futura, excepto el goce ya señalado, y la tranquilidad de vida que la recta conducta produce.

El camino de la vida, ese que aparentemente se desenvuelve en el espacio pero que en realidad transcurre en el Tiempo, no es otra cosa que una prolongada senda que se determina por una serie interminable de sucesivas elecciones. Permanentemente nos encontramos en una encrucijada donde se abren dos caminos, uno de los cuales es preciso elegir. Y tan pronto como lo hacemos, nuevamente aparece ante nosotros una nueva encrucijada en la que también debemos decidir qué dirección seguiremos... Así prueba la vida la firmeza de nuestros propósitos y el valor de nuestra voluntad, proponiéndonos caminos que nos apartan de ellos. Los que han decidido ser atletas se ven confrontados a elegir permanentemente entre SU camino y el de la gratificación de los apetitos de su cuerpo; a los que buscan la Ciencia la vida los confronta a elegir diversos senderos que los desvían, a veces provisoria otras definitivamente; quienes como nosotros hemos elegido el camino de la Perfección, debemos sostener similares confron-

taciones. Sólo el que carece de propósito y está gobernado por el azar de las circunstancias como si fuera una cosa y no un hombre, puede considerar la elección de camino como indiferente.

En lo que respecta a la perfección moral, la elección es siempre entre Bien y Mal, entendiéndose por el primero todo cuanto nos acerca a nuestra meta, y por lo segundo todo cuanto de ella nos desvía. Al principio es fácil, y cualquiera puede realizar sin equivocarse las elecciones más groseras; pero cuando esta debe hacerse entre gradaciones de Bien, entonces la cosa no es tan sencilla, entonces se requiere una medida o patrón. Entre los profanos, tal patrón es el dogma; entre nosotros es el símbolo.

Ningún sistema es más libre de imposiciones personales; ninguno más puro en intenciones puesto que en el nuestro no existen promesas; ninguno más sintético y fácil de comprender.

. . . .

Pero así como la Arquitectura no sirve únicamente para construir determinado tipo de edificio, o como las matemáticas no sirven solamente para calcular puentes, la interpretación o aplicación moral de nuestros símbolos no es la única posible. En este sentido, en ellos está escondida una doctrina que, si se sigue, conduce al desarrollo de poderes de conocimiento y acción que elevan al hombre por encima del nivel corriente de la humanidad. Este desarrollo, como el moral, no conoce límites, y va, desde la adquisición de sentidos más finos y sutiles, hasta la construcción de un cuerpo sutil con el que pueden trascenderse los límites de la temporalidad.

El hombre no nace adulto cuando sale del vientre de su madre, sino que el proceso de gestación continúa aún fuera del claustro materno. El desarrollo de los sentidos, y la posibilidad de ciertas funciones corporales, psíquicas, e intelectuales, continúa después del parto. ¿Cuándo cesa? ¿Cuándo se interrumpe el crecimiento? No todas las larvas se convierten en mariposa, ni todos los proyectos de hombre alcanzan el total desarrollo del Genio. Volvemos a preguntar: ¿cuándo cesa el desarrollo? ¿Cuándo se detiene el crecimiento?

Todo órgano responde a una función, y es ésta la que, en definitiva, lo crea. Los órganos espirituales responden a funciones espirituales; ausentes éstas, el órgano es innecesario, y ello determina que el desarrollo no se produzca: la larva no alcanzó su metamorfosis. Y en este sentido, nuestro sistema simbólico *puede* enseñar un proceso o método de desarrollo biológico de naturaleza superior, por medio del cual, el Genio produce un nuevo vehiculo cuando este animal de carne en el que habita le resulta insuficiente y molesto. Esto puede parecer utópico, y, sin embargo, la vida tiene una curiosa manera para procurarse vehículos apropiados para cada circunstancia. Quien hubiese vivido siempre en la montaña y desconociese el mar, sonreiria si le dijésemos que existen organismos animales vivos que respiran el oxigeno disuelto en el agua... y sin embargo, es la Vida quien ríe de ellos. Naturalmente no podemos explicaros ahora la naturaleza de estos cuerpos espirituales y la forma de producirlos: todo llegará a su debido momento, y nuestro propósito actual no es otro que el de contestar vuestra pregunta: ¿Qué significa nuestra Orden?

....

Individualmente hablando, el hombre vive preso de una red de fuerzas que son el resultado de sus propias acciones: esto es Karma. Aparentemente le quedan dos caminos: o renunciar a crear nuevas causas absteniéndose de la acción, y esperar que las ya en movimiento se agoten por sí mismas, o crear Karma nuevo que, al introducirse en el sistema de fuerzas en que se encuentra encerrado, lo modifique beneficentemente. Y os decimos aparentemente, porque lo primero es imposible, ya que la Acción es inherente a la misma naturaleza del hombre; por lo tanto sólo queda el segundo camino: el de comenzar inmediatamente a producir conscientemente la Recta Acción.

Pero Karma no es solo individual, sino también colectivo. Las instituciones, los gremios, las ciudades, los pueblos, las razas, los continentes, la humanidad entera, estando formados por hombres, están sujetos al resultado de la acción del mismo. Y si bien es cierto que nadie sino el

propio sujeto puede intervenir en el Karma individual, también es verdad que *puede* intervenirse en el de la institución a que pertenecemos, o en el del gremio, ciudad, pueblo, raza, continente, etc. Y no sólo puede intervenirse, sino que tal cosa es absolutamente inevitable, porque, repetimos, Karma es inherente a la naturaleza del hombre, y continuamente estamos, lo sepamos o no, introduciendo nuevas causas, creando nuevo Karma, para la entidad (de cualquier orden que sea) de la que formamos parte.

Poseedora de una doctrina acerca de los planos sutiles que interpenetran el material espacio tridimensional en el que el hombre cree vivir; poseedora del arte de construir en esos planos, nuestra Fraternidad *puede influir conscientemente* en la atmósfera mental y sentimental colectiva, clarificándola y permitiendo la más fácil captación por parte de los hombres, de las soluciones más adecuadas al problema de cada momento. Es, por lo tanto, el nuestro, un sistema de acción en los planos sutiles que son, en definitiva, los de las causas que provocan los acontecimientos. Podemos detener o impulsar el porvenir (en cierta medida al menos, ya que estamos limitados por la habilidad de determinar ese porvenir), demorando o acelerando la materialización de lo inevitable, o introduciendo en el sistema de fuerzas del Karma colectivo, nuevas energías modificadoras. El cómo lo logramos, es algo que deseamos vivamente poder llegar a enseñaros rápidamente.

Concretando: el nuestro es un sistema que puede utilizarse:

a) para el perfeccionamiento moral.

b) para el perfeccionamiento espiritual, el que, a partir de determinado momento produce la necesidad biológica de vehículos corporales de otro orden, los que a su vez, inevitablemente se forman.

c) para ayudar a sobrellevar el dolor del mundo, acelerando o demorando la cristalización de lo por-venir, o desviando éste por la introducción de nuevas causas en el sistema de fuerzas que determina el destino.

Mucho más podríamos hablar acerca de qué es nuestro sistema. Pero nada ganaríamos con ello, y aún lo dicho,

estamos seguros que convendréis con nosotros, es más de lo que podéis admitir de momento. Tened nuestra palabra acerca de que lo expresado, con todo lo maravilloso que pueda pareceros, es muy poco comparado con lo que este Enigma de la Orden contiene; tened también nuestra palabra respecto a que, lejos de exagerar, nos hemos mantenido dentro de los límites más rigurosos de sencillez. Os aseguramos asimismo que no os hemos dicho lo que creemos cierto, sino lo que sabemos y hemos probado, y de lo que, por tanto, podemos testificar conscientemente.

EL SENDERO

Mucho os agradecemos vuestras reflexiones. En primer lugar porque nos permiten extender un poco más las generalidades a que debemos limitarnos cuando escribimos para la revista, y luego porque siempre es agradable constatar no solo que aún quedan oidos para oir, sino que a veces se da también la feliz coincidencia de que tales sensibles órganos los poseen hombres como vos, en cuyo pecho late un corazón valiente y bien templado, capaz de mantener su ritmo ante doctrinas tan tremendas de aceptar como esta de la disolución de la personalidad y Resurrección.

Doctrina vieja como el mundo, Jesús la exponia hace 2000 años para nuestro beneficio: "Os es necesario nacer otra vez", decía; y agregaba: "de cierto os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él sólo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva. El que ama su vida la perderá, mas el que aborrece su vida para vida eterna la salvará"... y desde entonces los hombres inventaron las más fantásticas y absurdas supersticiones para evitar una verdad que su miedo rechazaba. Casi simultáneamente, Pablo escribia: "Muertos sóis, y vuestra vida está escondida en

Cristo"; y "Necio, lo que tú siembras no se vivifica si no muriese *antes*"... pero nadie quiso morir *antes*, y aunque los necios siempre estuvieron dispuestos a derramar su sangre (y la ajena) por cuanta tontería supersticiosa inventaron, se negaron siempre miedosamente a admitir la doctrina salvadora. Estúpidamente cerraron sus ojos a la verdad, y prefirieron creer que habían nacido inmortales antes que animarse a conquistar tal condición a precio de muerte.

Si. El Sendero no comienza al nivel de la vida ordinaria, sino, como bien decís, "parte de una ciudad que se llama Disolución de la Personalidad". Agregáis que no puede andar por él quien no haya desatado las amarras que lo unen a la Tierra, y es verdad. Pero ¡cuidado! porque como con verdad señaláis "tales amarras sujetan el espíritu al cuerpo". Por lo tanto, destruirlas implica *literalmente* la muerte física, aunque *no necesariamente* el nuevo nacimiento. Para que esto se produzca se necesita haber cumplido antes el proceso de gestación espiritual a que aludís más adelante. Así que, para la gestación espiritual *se necesita* el cuerpo, y para que este viva *son imprescindibles* las "amarras". Obrar apresuradamente (si pudiera hacerse) implicaría un verdadero suicidio espiritual, puesto que, aunque la esencia inmortal "se elevaría como purísimo incienso hasta El" el nacimiento del Beni-Elohim de que habla Juan en los primeros 14 versos de su Evangelio, quedaría frustrado.

Afortunadamente no es fácil "romper amarras". Decís: sensualidad, vanidad, pereza, ambición, avaricia, etc., son otras tantas amarras". Dice el Gita: "La cuádruple casta fué creada por MI de acuerdo a Guna y Karma", lo que en buen romance significa que el hombre está "amarrado" por dos órdenes de ataduras: las que corresponden a las cualidades inherentes a la materia (guna), y la acción o el resultado de la acción (karma). Las cualidades de la materia son: Inercia, Pasión y Conocimiento. Así que a vuestra lista de "amarras" debéis agregar también las buenas pasiones del ánimo, y el ansia de conocimiento que, indiscutiblemente, ligan a la experiencia y producen la "encarnación" y na-

turalmente el "karma". Y por otra parte, también deben tenerse en cuenta las ataduras producidas por el resultado de vuestras acciones pasadas... y las futuras, puesto que no podréis dejar de actuar.

Pero, aunque el rompimiento total de ligaduras no es posible por medios comunes, mucho dolor innecesario puede derivarse de modificarlas inconsultamente. ¿No es acaso juicioso pensar que modificar las fuerzas y modos de conducta por los que el espíritu está "amarrado" al cuerpo implicará, si no la muerte, sí la enfermedad y la desgracia? Los hombres son dados a imaginar que su conducta psicomental o espiritual es independiente de su naturaleza material, pero ello no es así de ninguna manera. El hombre es una TOTALIDAD físico-psico-espiritual, y no puede cambiarse uno solo de los aspectos de dicha totalidad sin que tal modificación repercuta en el resto. "Lo que afecta a la parte afecta al Todo".

Una última consideración aún respecto al primer párrafo de vuestra carta. Ponéis el Amor a Dios como el fuego capaz de producir el milagro, y también es cierto siempre que logréis conjugarlo con otro fuego no menos divino: el Amor al Prójimo. La falta de uno de los dos aspectos del Amor hará fracasar la posibilidad misma de escalar la altura. Si falta el primero, el filántropo nunca comprenderá que lo que él ama en el hombre es Aquello que es El mismo... y por lo tanto jamás llegará a conocerse en sus posibilidades superiores: y si falta el filántropo, el amante de Dios adorará una ficción o abstracción creada imaginativamente, puesto que al alejarse del Hombre se alejará de sí mismo. Por eso cuando a Jesús alguien lo interrogó sobre los mandamientos de la Ley, dijo: "El primer mandamiento es Amar a Dios con todo el *corazón* y todo el *entendimiento* y el segundo *es semejante* al primero: Amarás a tu prójimo como a *Tí mismo*".

Cuando hablamos de "disolución de la personalidad" queremos decir algo un poco distinto a suprimir los modos de conducta egoístas y sensuales que nos atan a la vida mundana. Queremos hacer referencia a la destrucción de aquellas ligaduras internas que nos producen la ilusión de

actuar como una unidad o "yo" continuo, cuando en realidad la personalidad del hombre es cualquier cosa menos esa unidad: es un agregado de vivencias heterogeneas muchas de ellas contradictorias entre sí.

La disolución de la personalidad (y por lo tanto el Sendero) comienza cuando uno se da cuenta que no es *un* "yo", sino muchos, que aparecen uno a uno en el campo de la conciencia dominando momentáneamente el organismo. Comienza cuando uno va descubriendo la multiplicidad de sus personalidades y se pregunta sorprendido: ¿Cuál de ellos SOY YO?

Así que no se trata de destruír los lazos que nos ligan a la vida, sino los que nos proporcionan la falaz sensación de ser en todo momento una y la misma "persona".

M O D O R R A

No creáis que la estupidez colectiva que contempláis ahora en forma destacada sea una excepción. Más o menos encubierta, más o menos a la luz, es la misma que existe en todas partes: el hombre está dormido. No como figura literaria, sino efectiva y realmente, el hombre nace dormido, crece y se muere dormido; dormido se despierta de mañana, y dormido vuelve por las noches a su lecho; y ¡pobre el que intente sacudir su modorra!

Y cuando decimos que los hombres duermen, no debemos caer en la hipocresía de excluirnos; porque *todos* en mayor o menor grado estamos sujetos a que nos envuelva el sueño y nos arrastre la inercia. Y a este respecto, no debemos olvidar que la inercia puede ser de dos clases: indolente o activa. Como seguramente recordaréis "inercia es la resistencia que oponen los cuerpos al movimiento y al cambio de movimiento". Puede algo aparentar actividad simplemente porque se mueve por inercia; puede alguien aparentar que piensa, y sin embargo lo que hace es

simplemente sacar a relucir sus viejas frases hechas ante cualquier impacto externo. Así, ante un acontecimiento cualquiera que "conmueve" y amenaza despertar, el teósofo saca a relucir su Karma, el religioso su supersticioso "castigo de Dios", el ocultista sus teorías, y, en fin, todos buscan hacer frente al acontecimiento con lo ya elaborado, con el viejo disco gastado y regastado. La cuestión es no pensar, la cuestión es poder seguir durmiendo... Es como en el ejemplo de aquel clásico ensueño de la madre que, al sentirse mojada por su niño imagina que está con él en el puerto y que las olas crecen y la mojan, y crecen y crecen, y la quieren arrastrar... la cuestión es seguir durmiendo: cualquier explicación es validada como buena, el asunto es no tener que despertar.

Es interesante observar de cuantos artificios se vale el individuo para continuar su sueño. Es interesante y provechoso, porque "el mundo es un espejo donde nos reflejamos, y en el que podemos conocernos a nosotros mismos".

El esfuerzo por mantenernos despiertos necesita ser continuo, porque el dormitar es inherente a nuestra naturaleza. Incluso nuestras propias teorías, ideas-ya-hechas, y hasta ideales beneficentes, pueden convertirse en una martingala para continuar durmiendo. Hay que estar en guardia permanentemente.

LIBERTAD PARA LA ACCION

Evidentemente, cuando el hombre se enfrenta con la necesidad de la acción, si está verdaderamente despierto, debe admitir su impotencia. En primer lugar, mentalmente no es dueño de pensar lo que quiere, sino que su mente corre incontrolada tras la primer cadena de ideas que se le presenta. Hasta qué punto esto es verdad, ha sido descripto magistralmente por Luc Dietrich en una de sus obras. Vamos a extractar para vos unos párrafos. Dice así:

. . . .

Mme. Camors me saludó con una sonrisa y me dijo en voz baja:

—Sígame. El va a venir.

Me hizo sentar, se sentó frente a mí y repitió:

—No se mueva. El viene.

Entonces la puerta se abrió, y sin ruido, porque llevaba pantuflas, avanzó un hombre vestido como todo el mundo, con los antebrazos cubiertos por mangas de lustrina. Era miope y buscaba, tanteando, su camino. Me tocó la frente, y sin decir nada, se sentó en la silla que quedaba libre al lado de Mme. Camors. Y comenzó, volviendo hacia mí los ojos saltones y sin mirada:

—Estamos resueltos a ayudarle: pero nuestra ayuda no puede ser eficaz sino en caso de que usted realmente desee recuperar lo que ha perdido. ¿La quiere usted?

—No hay nada en el mundo que desee tanto, contesté.

—Si está probado que usted quiere, la cosa está hecha.

—¡Ay de mí!, dije, la cosa no es tan simple. No depende en absoluto de que yo quiera: es Lucrecia quien ya no me quiere. Y yo le quedaría reconocido si me explicara cómo es posible, que habiéndome probado hasta ayer mismo el amor más ardiente, y habiéndose prometido a mí por toda la vida, suceda que hoy no me quiera mas.

Y el otro, sibilino:

—Usted se equivoca. Ella no ha dejado de quererlo nunca. Pero un día, al volverse hacia usted para encontrarlo, se dió cuenta de que usted no estaba allí.

—Me habré explicado mal, sin duda, dije. Nunca he faltado a su llamado. He contestado puntualmente a todas sus cartas. Y a la primer alarma me he precipitado a su casa, lo que, por otra parte, no hizo sino agravar el mal.

El sacudió la cabeza:

—Lo siento rodeado de fuerzas contrarias. Tiene enemigos alrededor de usted, pero el peor y más encarnizado es el que habita dentro de usted. Si no está ahí en este momento es por mi presencia. Pero en cuanto usted se halle fuera de mi alcance, regresará. Usted no tiene que ignorar

al Otro. Es Otro quien piensa en su cabeza, habla en su boca, obra con sus manos. Se sirve él de aquellos instrumentos que deberían servirle a usted para echarlo. Mientras no desaloje usted al Otro no habrá ningún éxito para usted. Por lo tanto, primero le ayudaré a desalojar al Otro.

—¿Esto durará mucho?, pregunté yo inquieto. ¿Cuándo podré escribir a mi novia? ¿Cuándo contestará ella mis cartas?

—Eso dependerá de usted, de la voluntad que tendrá que hallar y poner en obra, y de la calidad de su atención. Usted está dispuesto a hacer lo que le prescribamos, ¿no es cierto?

—¡Oh sí!, exclamé.

—Está bien. ¿Tiene usted un retrato de la joven?, preguntó Mme. Camors.

Saqué uno del bolsillo y se lo extendí. Lo contempló un momento, se lo hizo tener a El, quien lo contempló a su vez, y luego me lo hizo devolver por ella. Ella me explicó:

—¿Ve usted este punto entre los dos ojos? Usted fijará en él la mirada todas las noches a las diez hasta las diez y cinco, y durante esos cinco minutos se esforzará por pensar en esta persona, y en no pensar más que en ella; tratará simultáneamente de despertar en usted los sentimientos generosos que una mujer puede esperar del hombre por quien es amada. Hacer de este modo que su cuerpo astral la alcance a través de la distancia y la persuada de volver a usted.

—¡Oh, sin duda lo haré!, exclamé. Me será sumamente fácil, porque todas las horas del día y de la noche sueño con este retrato. Tiene que haber otra cosa; no puedo creer que lograré éxito con medios que me costarán tan poco esfuerzo...

Cuando llegaron las nueve y media de la noche (había tomado la hora del Observatorio), pensé que era tiempo de prepararme a lo que el mago de Mme. Camors parecía considerar como una prueba. Corrí los cortinajes, me tapé los oídos con algodón, busqué la dirección de Champierre con un mapa y una brújula, coloqué el retrato de Lucrecia de

tal manera que mi mirada, al atravesar el retrto entre los ojos llegara hasta ella de lleno; me acomodé y comencé.

El primer impedimento que encontró mi atención fué la granulación del papel fotográfico, que me recordó la leche cuajada que había yo colocado sobre el borde de la ventana, pero sin cubrirla, lo que me hacía pensar que la encontraría llena de hollín.

Me recuperé y me excusé pensando que las diez estaban lejos todavía. Al mirar el reloj comprobé, en efecto, que habían pasado apenas unos segundos. Retomé mi puesto entre los dos ojos del retrato, ensayando dar una especie de vida a esta imagen de cartón. Para lograrlo miré todo el rostro, lo que produjo una neblina de la que salió el semblante nítido de la cajera del Paladium, a la que hacía yo la corte cuando vivía en casa de Arlette. "Yo no le creo", decía mi cajera, "usted dice lo mismo a todas las mujeres". Y como estaba en lo cierto, yo exclabama: "¿Yo? ¡Es completamente falso!" Y ella me sonreía invitándome a que siguiera mintiéndole. Puse fin a esta escena con un ¡oh! de indignación. Miré con inquietud el reloj: habían pasado cinco minutos. Exclamé: "Si este es el momento que el Otro elige para hacerme pensar en otras mujeres, las cosas irán mal!"

Entonces me puse a pensar en el Otro, aquel del que el mago dice que es mi peor enemigo. Pero si el Otro piensa en mi cabeza, ¿cómo voy a saber quién me engaña, ¿El o yo? Pero el mago no me dijo que pensara en el Otro, sino en ella: pero al decir ésto, he colocado al Otro entre ella y yo. "¡Vete de aquí!", le dije al Otro, "¡quiero verla!" Agarré el retrato con ambas manos y le eché una mirada colérica como si estuviese aferrando al Otro por la garganta y me aprestara a morderle la nariz.

Entonces fué cuando descubrí que no había un Otro, sino tres Otros, diez Otros, doce Otros, veinticuatro, treinta y seis, trescientos sesenta y cinco Otros...

—¡Demonios!, exclamé. Esto no marcha, no me quedan sino cinco minutos para concentrarme. Abrí precipitadamente la puerta y la ventana para airear la pieza y para echar a los Otros; metí la cabeza en agua fría; hice gár-

garas; me lavé los dientes; y luego, de repente, al mirar el despertador, me precipité hacia mi reclinatorio sacudiendo la mesa y haciendo caer el retrato. Perdí cuatro o cinco segundos en recogerlo. Y entonces comencé a decirme:

—Sí; pero ahora no empiezo a las diez, sino a las diez, y quince segundos, dieciseis segundos, diecisiete segundos; y el mago me dijo que comenzara a las diez. No puedo recuperar estos veinte segundos perdidos; y si esta clase de cosas que es ritual y debe enseñarme la puntualidad comienza por una inadvertencia y una torpeza, ¿en qué desorden va a precipitarme? Tengo miedo de que, si insisto, haga la figura de aquel que se obstina en el error. Pero, por otra parte, yo no insisto, puesto que no he empezado siquiera a juntar mis pensamientos. Ya han pasado dos minutos y medio y he pensado en todo menos en ella. Sin embargo, nada más fácil que pensar en ella *cuando no me lo propongo.* ¿Por qué no puedo hacerlo cuando *quiero?* ¿Por qué no puedo *querer mi pensamiento?* Esto está perfectamente claro: porque *mi pensamiento no me pertenece.* Es Otro el que piensa en mí, como lo ha dicho el Mago...

Ahora todo está perdido; son las diez y cinco...

. . . .

Y con respecto a la libertad sentimental, es lo mismo. ¿Acaso no se ha acuñado una frase que dice: "en el corazón no se manda"? ¿Quién puede mandar en sus sentimientos?

Y en cuanto a las acciones, a los hechos, a lo que *quiero hacer*, la libertad en este terreno implica necesariamente la del poder determinar el propio destino. Y ¿quién puede decidir este destino si, cuando estamos frente a una elección cualquiera nos decidimos por la línea del menor esfuerzo y carecemos hasta del poder de negarnos? Si cualquier hábito, por mínimo que sea, tiene más poder que toda nuestra voluntad consciente reunida, si carecemos del elemental poder de decir No a una costumbre cualquiera, ¿cómo habríamos de poder pronunciar el Sí positivo y constructor del destino que queremos?.

Decía un Instructor: "El Hombre, tal como se encuen- "tra, no puede hacer nada por sí mismo: todo le sucede. "Así es como "elige" su profesión; en realidad es esta últi-

ma la que lo elige a él. Así es como el hombre se enamora "o no se enamora, se casa o no se casa, tiene familia o no "la tiene. Nada depende de él: todo simplemente le sucede".

Y si no podemos intervenir en nuestro propio y pequeño destino, ¿cómo habremos, ¡oh impotencia! de intervenir, como Servidores, en el destino ajeno? En nuestra desnudez, en nuestra pobreza, todo nos es negado. No se manda en el corazón, ni en la mente, ni en los hechos. Como Pedro que, minutos después de haber jurado: "¡Mi vida pondré por la tuya!", negaba hasta haber conocido a su Maestro. ¿Era acaso un hipócrita? No. Simplemente era un impotente.

Es necesario sentir dolorosamente este hecho para estar dispuesto a hacer los sacrificios necesarios que produzcan en nosotros los necesarios cambios. y nos hagan, primero, dueños de nosotros mismos, y luego, verdaderos candidatos para entrar en las filas de los Servidores del Mundo.

¿Recordáis? Sólo los *libres* pueden ser Iniciados... y la conquista de la libertad no es asunto fácil que pueda hacerse leyendo libros; es un ejercicio de todas las horas, un sacrificio permanente, una vigilancia continua y armada. Mientras no se sea *libre* se está encadenado en la acción por la acción; se es un prisionero de Karma. Una y otra vez accionaremos a impulsos del momento; una y otra vez las causas ya puestas en marcha nos impulsarán a la "acción"; una y otra vez nos encadenaremos sin remedio.

Pero diréis quizá, ¿Libres de qué? ¿libres de quién?

Libres con respecto al Otro, a los Otros... No pueden entregarse las herramientas verdaderas del Constructor a quien todavía no ha descubierto y ultimado a los infames usurpadorees internos. No podemos engañarnos creyendo haber ingresado, a menos de que hayamos cumplido *todos* los requisitos. Es del cumplimiento de éstos, el primero de los cuales es ser LIBRE, y no de las formalidades externas, que depende la Regularidad o Irregularidad de una iniciación cualquiera.

DE LA TRADICION OCCIDENTAL

El Hermetismo o Alquimia

Aunque su nombre, que viene del árabe Al-khemi, o Alkhemia ("khem" era asimismo, la denominación aplicada por los egipcios a su suelo natal: la "negra tierra") tiene, por fuerza, la misma acepción literal que nuestra palabra Química, debe claramente entenderse que entre ambas existe sólo una relación similar a la que se halla entre la astrología mística y la moderna astronomía. Es cierto que su propósito confesado fué el de cambiar los metales bajos en oro puro, pero por ello debe entenderse principalmente la transmutación de los elementos groseros del alma inferior, y el logro del puro oro espiritual; y aunque los alquimistas todos cultivaron el arte y la ciencia de la química puramente material, como también se ocuparon especialmente de la química del ánimo, conviene distinguir claramente ambas disciplinas desde el principio. El alquimista, pues, reunía en sí la doble condición de químico material y alquimista trascendente, en el mismo sentido como también, durante mucho tiempo, eran una y la misma persona el sacerdote astrólogo y el astrónomo. En una palabra, lo trascendente de las doctrinas alquímicas está más cerca de la psicología del futuro que de la química moderna propiamente dicha.

La Alquimia fué y es en realidad, la ciencia y el arte de la generación, formación, comportamiento y evolución de todo cuerpo, sea material, vivo, psíquico o mental, o, como el del hombre, reúna las cuatro condiciones. Era y es pues, a la vez, química, medicina, psicología y religión, no pudiéndose separar los términos apuntados en discipli-

nas independientes, so pena de perder totalmente (como en realidad ocurrió) el sentido original, verdadero y trascendente.

Ciencia antigua como el mundo, se encuentran numerosas huellas de sus cultores en las más remotas latitudes, tiempos y culturas. Y como la investigación filológica autoriza a afirmar, su introducción en Europa, a partir de Egipto, se produjo a través de Arabia y España. En su evolución, con el correr de los siglos, su contenido iniciático y trascendente fué poco a poco separándose de su aspecto puramente material, y este último fué desarrollándose, con desmedro del primero, llegando a convertirse por fin en lo que actualmente, es nuestra moderna Química.

Entre los cultores de la Alquimia propiamente dicha, podemos citar como más cercanos a nosotros tanto en el tiempo como en cuanto a la naturaleza de su cultura, a Alberto el Grande (1193-1280). Maestro de Teología y Filosofía de la Orden de Santo Domingo, su fama se extendió por toda Europa. Contó entre sus discípulos a Tomás de Aquino, en cuya compañía viajó a París en 1245, donde desarrolló un curso público sobre Aristóteles. Tantos oyentes atrajo, que se vió precisado a exponer sus enseñanzas en la plaza pública. Así, la actual Plaza Maubert de París, que toma su nombre de la contracción de Mestre Aubert, rememora estas conferencias. En 1260 fué nombrado Obispo de Rathisbona, cargo que ocupó hasta 1263, cuando se retiró a un convento de Colonia, consagrándose por completo al estudio. Numerosos son sus trabajos, que le valieron el título de "Alberto, Magnus in Magia, Major en Philosophia, Maximus in Theologia". De sus tratados de alquimia, pueden destacarse como los más importantes su Libellus de Alchimia, y su Compositum de Compositis.

También Rogerio Bacon (1214-1294) merece citarse como uno de los grandes alquimistas europeos. Nacido en Ilchester, Inglaterra, estudió en Oxford y se perfeccionó en París, donde recibió los títulos de Maitre des Arts, y Doctor en Teología. Profundo conocedor del griego, árabe y hebreo, pudo beber el conocimiento en dichas fuentes. Aunque franciscano él mismo, fué perseguido por los su-

periores de esa Orden, desterrado y encarcelado repetidas veces, con prohibición de continuar sus estudios y experimentos, y de publicar sus escritos. Sus perseguidores atribuían su saber y cultura a pacto con el demonio, y acusaban de heréticas sus doctrinas, y de hechicería sus prácticas de laboratorio. No le perdonaban su espíritu liberal que sostenía que para la Ciencia no puede haber más autoridad que la experimentación y la observación de la naturaleza, y que proclamaba la necesidad de la investigación por métodos de experimentación racionales. A pesar de la persecución sufrida, Bacón legó a la posteridad múltiples trabajos, descubrimientos importantes y obras notables. Entre las de alquimia se destaca su Speculum Alchemie.

¿Y cómo dejar de nombrar en esta rápida recorrida de personajes misteriosos a Raymundo Lulio (1235-1315), el alquimista y cabalista español que es considerado como discípulo de Bacón, y que legó una cantidad verdaderamente notable de obras, tanto por su extensión y número, como por su calidad? ¿Cómo olvidar a Nicolás Flamel, ese notable iniciado de mediados del siglo XIV? ¿Y a Paracelso, que impulsó el nacimiento de la medicina por la química? ¿Y a Elias Ashmole, el judío alquimista rosacruz a quien se atribuye la estructura de la liturgia masónica original en la que veló las doctrinas herméticas? ¿Y al místico Jacobo Boheme (1575-1624)? ¿Y a Juan Bautista van Helmut? ¿Y a Thomas Vaugham?...

En verdad, la serie de sabios alquimistas que se extiende cerca de nosotros a partir del siglo XII casi hasta nuestros días, forma una brillante cadena de filósofos y hombres de estudio que, así como dieron origen a la ciencia racionalista actual, pudieron también haber transmitido un conocimiento más trascendente e importante con que sólo hubiesen comprendido sus modernos herederos, una pequeñísima parte del sentido que ellos ocultaron tras sus experimentaciones y especulaciones aparentemente solo materiales. ¿Acaso no se advierte la enorme diferencia existente entre la ciencia del verdadero alquimista integral, y la del simple "soplador de carbones", nombre con el que los primeros distinguían a sus más materialistas colegas?

Y si los "sopladores" originaron tan brillante presente, ¿cuál habría sido éste si se hubiese mantenido, perpetuado y acrecentado la más elevada ciencia de sus más sabios Maestros?

Así como la moderna química ha establecido con claridad que no puede obtenerse transmutación metálica por procesos corrientes, así también se hubiese entendido que no es por medios comunes que puede obtenerse un cambio sustancial en la estructura psico-física del hombre. Y así como la ciencia moderna ha logrado comprender el secreto de la transmutación de los elementos, así también, de haberse continuado la tradición mística de que hablamos, se hubiese entendido que la re-generación humana comienza a producirse a un nivel superior al de las simples mutaciones externas del vivir cotidiano. No es con fábulas y moralejas, ni con el conocimiento fruto de la experiencia corriente como puede transmutarse la naturaleza inferior del hombre: ni es por medio del estudio libresco que ha de lograrse el florecimiento del humano genio, sino siguiendo un proceso alquímico de transformación verdadera. Sólo por la disciplina esotérica, realizada siguiendo métodos y prácticas especiales, las piedras brutas pueden esperar convertirse algún día en las ideales estructuras cúbicas que caracterizan al Iniciado: como siempre se ha dicho, la experiencia del vivir corriente, al pulir las piedras humanas, las convierte en cantos rodados: jamás hace de ellas cubos perfectos.

Y puesto que nuestra labor es principalmente la de esclarecer la tradición iniciática que originalmente estuvo consubstanciada con el aspecto material del arte, dejemos continuar su labor a los "sopladores de carbones" y consideremos la Alquimia en su más trascendente significado: como la ciencia poseedora del secreto de cambiar el alma y el organismo humano, llevando a ambos a su más acabada y áurea perfección. Es en el sentido de esta Opera Magna, como con propiedad la llamaban, que los iniciados herméticos sostenían, de acuerdo con una tradición que por cierto se remonta a épocas inconmensurablemente remotas, que todas las cosas y todos los seres son adapta-

ciones, por modificación, de una sola y única cosa —doctrina en la que fácilmente puede advertirse la vieja enseñanza oriental de una Unica Primordial Sustancia Raíz— y que por lo tanto todo cuerpo es esencialmente mutable y perfectible. Y en cuanto a los métodos por los que la Alquimia busca el logro de la perfección señalada, tampoco es difícil encontrar en ellos las indicaciones prácticas de un yoga peculiar.

Es un error muy difundido, considerar que los alquimistas herméticos fueron filósofos que escondieron sus doctrinas bajo la alegoría de las operaciones químicas. Al contrario, para ellos la química y la filosofía constituyen una única e indivisible doctrina, cuyos alcances dependen de la naturaleza y complejidad de los cuerpos a tratar. Así, es puramente material cuando se ocupa de las operaciones de los elementos y compuestos inorgánicos, pero se convierte en una químico-fisio-psicología cuando trata el funcionamiento, salud o re-forma de los más complejos "cuerpos" humanos. Si la ciencia moderna recordase más a menudo que el hombre es una totalidad y no un simple compuesto, comprendería que el criterio anatómico sólo puede servir a los fines de facilitar el estudio, pero que el tratamiento debe encararse siempre desde un punto de vista atomista, como siempre lo hizo la Alquimia, porque el hombre, repetimos, es una unidad indivisible, que incluye necesariamente sus aspectos corporales y psico-espirituales. Para el pensamiento alquímico ortodoxo, por ejemplo, no se concibe enfermedad del cuerpo sin mal del ánimo, ni a la inversa; ni puede entenderse la posibilidad de un médico de almas que no pueda serlo también de cuerpos.

Lisa y llanamente, la Alquimia es la química de la formación, comportamiento y transformación de toda clase de cuerpos, y, cuando se ocupa del individuo integral, se convierte en una espíritu-psico-fisio-química, o medicina total, utilizando en sus operaciones la droga mineral, vegetal, astral, psico-mental y espiritual, como, por otra parte, ocurre en muchos sistemas de yoga.

Es frecuente encontrar en los escritos de los alqui-

mistas la afirmación de que su Piedra Filosofal no puede ser lograda por la combinación de las sustancias vulgares, y no es raro descubrir en los mismos vagas referencias al hecho de que los elementos a utilizar deben encontrarse en los poderes y sustancias vitales sutiles que forman el cuerpo fisio-síquico del hombre. También sostuvieron siempre, en general, la necesaria correspondencia entre la producción del oro físico y la generación del espíritu. Siguiendo el precepto hermético de "como arriba es abajo" sostuvieron todos que el secreto de la producción de oro espiritual debía necesariamente develar el conocimiento de la generación del oro físico. Idéntica doctrina encontramos en el hebraísmo, y más tarde entre los cristianos. En efecto: Salomón pidió Sabiduría, y por haberla logrado le fueron agregadas las riquezas, el poder y los honores; y en el Sermón de la Montaña el Maestro de Nazareth enseña que nadie debe preocuparse por las riquezas materiales, las cuales son dadas "por añadidura". También en la tradición masónica se alude al hecho de que la "palabra" que permite salir de la cámara de la Ignorancia es la de "Abundancia", y que la que permite trascender la segunda cámara y penetrar en el Templo de la Sabiduría es la de "Posesio Orbis". El Iniciado Perfecto, es un ser Ilustre y *Poderoso* tanto en lo material como en lo espiritual, o un *Rey* y Sacerdote...

Cuando se encara seriamente el estudio de la tradición alquímica, la primer dificultad que se experimenta es la forma oscura en la que acostumbran a escribir sus cultores. En toda la tradición mística encontramos siempre que los Iniciados mantienen voluntariamente ocultos ciertos conocimientos. Y a este respecto, aparte de los solemnes votos de sigilo, debemos reconocer que los alquimistas medioevales tuvieron, en las persecuciones de la Iglesia, otra muy poderosa razón para ocultar la naturaleza de sus doctrinas, ya que no pocos terminaron sus días en la hoguera. Sin embargo, no debe creerse que la oscuridad, común a toda tradición mística, es mayor entre los Alquimistas; nosotros diríamos que sólo es más obviamente aparente. En efecto, ¿cómo podría hablarse si no por me-

dio del símbolo, de temas que trascienden la capacidad de percepción normal de la conciencia? En este sentido la Alquimia es OBVIAMENTE simbólica, y por lo tanto, no conduce tan fácilmente al error de confundir el símbolo con la realidad. Por otra parte, se ha dicho siempre que el idioma es un evidente fracaso como medio de comunicación, apenas se tocan temas no completamente materiales, y que la "confusión de las lenguas" comienza apenas la estructura de la simbólica Torre de Babel se eleva un poco sobre el nivel común del suelo. En los planos de lo inmaterial y abstracto, aunque aparentemente empleemos el mismo idioma, todos hablamos una lengua diferente, y la posibilidad de entendernos es casi nula. En este sentido, también el lenguaje de los alquimistas, al ser obviamente oscuro, no lleva tan fácilmente al error de creer que se ha entendido como ocurre con las terminologías de otras tradiciones aparentemente más claras; por ejemplo, todo el mundo "entiende" el cristianismo. A nuestra manera de ver, pues, el estudio de los escritos de los alquimistas no ofrece más dificultades que otros que son más claros sólo en la apariencia.

Un estudio de la literatura alquímica no puede comenzar sino con la lectura de la famosa Tabla de Esmeralda atribuída a Hermes, ya que sus preceptos han sido siempre considerados fundamentales por todos. Por su concisa belleza, y por contener en su última estrofa una muy importante clave para la interpretación de *toda* comunicación esotérica, que consiste en la declaración de que todo misterio se da sólo "por la mitad", creemos conveniente dar una versión de la misma. Dice así:

Os voy a revelar lo que es real, sin mentira, cierto y muy verdadero.

Lo que está abajo es semejante a lo que está arriba, y lo que está arriba es semejante a lo que está abajo, para realizar los milagros de Una Sola Cosa.

Y así como todas las cosas han sido producidas

por el Verbo Unico de un Unico Ser, así también todas las cosas han nacido de esta Unica Cosa por adaptación.

Su Padre es el Sol, su Madre la Luna, el Viento lo ha llevado en su seno, la Tierra es su nodriza.

El es el Padre de la Perfección en todo el Mundo.

Su Poder se perfecciona aplicándolo sobre la Tierra.

Separa la Tierra del Fuego, lo sutil de lo espeso, actuando con prudencia y juicio.

Asciende con gran sagacidad de la tierra al cielo, y luego desciende nuevamente a la tierra, y une juntos los poderes de las cosas superiores y de las cosas inferiores. Así obtendrás la gloria del mundo, y toda oscuridad se alejará volando de ti.

Esto tiene más fuerza que la fuerza misma; porque conquista todo lo sutil y penetra todo lo sólido.

Así es como las cosas todas fueron creadas.

De aquí proceden las maravillas aquí indicadas.

Por lo tanto,, he sido llamado Hermes Trimegistos, habiendo logrado las tres partes de la Sabiduría Universal.

Lo que tenía que decir respecto de la operación del Sol, está completo.

Comenta G. Nevin Drinkwater, que H. P. B. señala que los preceptos herméticos que anteceden pueden interpretarse siguiendo siete distintas claves. De acuerdo con una de estas, la "sola y única cosa" debe interpretarse como el Hombre; y evidentemente, no importa cuan complejo se nos aparezca el ser humano, sigue siendo, naturalmente, una unidad, una "modificación de la Una y Unica Cosa". Aplicando esta clave, la frase que dice "Su Padre es el Sol y su Madre es la Luna" debe interpretarse como aludiendo a los progenitores espirituales de la humanidad, que, según la Doctrina Secreta son los Pitris Lunares y Solares; asimismo, siendo el hombre engendrado físicamente por el varón y la mujer, el Sol y la Luna hacen también alusión a este hecho. El Viento que lo ha llevado en su seno se interpreta, en esta clave, como el elemento

filosófico Aire, emblema del Cuerpo Causal en el que el hombre almacena su experiencia y en el que se asienta su sentido de unidad e individualidad a través de las sucesivas encarnaciones. Y en cuanto a su nodriza, es, en verdad la Tierra, puesto que es de ésta de donde deriva el hombre su alimento.

Cada noche separa el hombre lo "sutil de lo espeso", y "asciende de la tierra al cielo" volviendo nuevamente a la tierra al despertar. Nuevamente, en cada sucesiva vida se produce esta separación, ascensión y nuevo descenso; y cuanto mayor sea su sagacidad y sabiduría, tanto más pronto unirá los poderes de ambos extremos, lo que le rendirá el logro de la Gloria del Mundo, y el que "toda oscuridad se aleje" de él. En lo que toca al ocultista, no tiene éste la necesidad de esperar el momento de la muerte para lograrlo, puesto que ha aprendido el arte de la mencionada separación, y puede "desprenderse" y elevarse a voluntad a las regiones del más puro espíritu. Y aún los simples aspirantes pueden, en muchos casos, realizar por la meditación el milagro de la citada "separación y reunión" de lo superior con lo inferior, con el consiguiente acrecentamiento de Poder que ello implica.

Y al considerar que la regla completa es "sube de la tierra al cielo y enseguida vuelve a bajar", se hace claro que el Ocultismo y la Filosofía no pueden ser considerados como vías de escape al conflicto de la exitsencia, sino al contrario, como medios efectivos por los que el hombre puede ascender para buscar el poder que le permitirá, regresando, transmutar sus propias imperfecciones en oro puro, y cambiar el mal del mundo en bienestar social para la humanidad. El Ocultismo es materia eminentemente práctica.

En el estudio del simbolismo hermético, tropieza el estudiante con múltiples paradojas. Así, por ejemplo, nos encontramos con que, para la mayoría de los autores, la materia prima para la obra es una y la misma cosa que su finalidad: el Elixir de la Vida o la Piedra Filosofal; pero podemos explicarnos esta aparente contradicción si consideramos que aún en el cristianismo ortodoxo, Cristo

es a la vez el medio y la ultérrima finalidad. En cuanto al proceso mismo de la transmutación, los alquimistas nos hablan de un Vaso Filosófico o Huevo Filosofal donde debe encerrarse "herméticamente" la "materia de la obra". El vaso debe colocarse sobre un braserillo o athanor, en el que debe mantenerse un "fuego húmedo" cuyo calor debe graduarse cuidadosamente de acuerdo con las necesidades sucesivas de la "obra". El Vaso Filosófico, físicamente es generalmente un matraz o una retorta de cristal, pero esotéricamente es evidente que hace referencia al hombre mismo en cuyo interior se consuma el proceso alquímico. Nuevamente: la Materia, el Vaso, el Fuego y la Piedra Filosofal resultante no son sino siempre la única y sola cosa: el Hombre.

En cuanto al proceso de su transformación, todos los autores están contestes en que se produce en sucesivas etapas, marcadas por cambios en el color de la materia, que la llevan de su negrura original a su ulterior blancura, y al rojo brillante cuando ha de ser empleada en la producción áurea. Este proceso gradual de perfeccionamiento y las vicisitudes que en el mismo sufre la Materia, ha sido maravillosamente dramatizado por Elías Ashmole en su simbolismo de la piedra bruta original, que debe sufrir las sucesivas etapas de desbatado, escuadrado y pulido, hasta alcanzar la elevada condición de Piedra Cúbica Perfecta, antes de que pueda ser utilizada como sosten y ornamento de la estructura del Mistico Templo de la Humanidad.

Múltiples son los símbolos alquímicos dignos de ser considerados por el estudiante serio; entre ellos podemos señalar el del Elixir de la Vida o Medicina Universal, y el del Solvente Absoluto, pero no es este el lugar ni el momento de entrar en detalles al respecto. Por otra parte, tan vasta abarcante y profunda ciencia como es la Alquimia, mal puede contenerse en el reducido espacio de un artículo de divulgación como este. Quien legítima y verdaderamente desee más información, diríjase a la Casilla.

Nuestro doble objetivo inmediato que es: señalar que en la tradición occidental propiamente dicha pueden encontrarse los elementos necesarios para la debida evolución e

iniciación del individuo, y que tal evolución y desarrollo no puede obtenerse en la vida corriente de todos los días, sino que consiste en un proceso que requiere el laboratorio y el conocimiento del Alquimista, ha sido cumplido.



Ante la Puerta

He recorrido un largo camino; el camino corriente.
Viajé por lugares agradables, por ambientes ásperos,
Por sitios en los que me ensucié, y por otros que me lim-
(piaron nuevamente.
Entonces llegué a la puerta. Estaba tan allá como pude
(ir: el camino terminaba allí.
La mayoría de las gentes se vuelven al llegar a la Puerta; porque la suponen un muro en el que no hay abertura.
Pero yo sé más; porque por mi buena suerte y la gracia de Dios, conocí un hombre que me dijo que la puerta existía, pero que no perdiese el tiempo buscándola hasta no
(haber llegado al fin del camino.
Y yo sé que existe; porque la vi abrirse cuando él pasó
(por ella.
De manera que heme aquí: de pie frente a ella.
¿Cómo podré hacer que se abra para mí?

Ana Logan. — Answering Gods.

Más sobre la Ley del Septenario

Antes de proseguir con nuestro estudio acerca de la Ley de las Octavas, conviene resumir brevemente lo dicho en artículo anterior acerca de la misma. En líneas generales hemos considerado:

1 — Que ese fenómeno vibratorio que es la Naturaleza, procede en su descenso de unidad en unidad de manifestación, en siete etapas.

2 — Que esa respuesta vibratoria que es la Luz, Alma, Conciencia, Voluntad, Individualidad o como quiera llamarse a la consciente contestación que el fenómeno de la vida provoca en cada una de sus criaturas, y que constituye su forma individual de conducta, la "unidad" de su Ser o Yo en sus múltiples manifestaciones, también procede en su desarrollo ascendente de unidad en unidad de manifestación en siete etapas.

3 — Que las siete etapas que se producen, tanto en los movimientos ascendentes como en los descendentes, no se ajustan a la progresión uniforme en el aumento o disminución de la frecuencia vibratoria que las origina, sino que ocurren a intervalos irregulares.

4 — Que la ecuación general de dichos intervalos fué incorporada a la música por los iniciados que en la antigüedad construyeron la escala musical natural.

5 — Que de acuerdo con el esquema de la misma, en las escalas ascendentes, los intervalos entre nota y nota son aproximadamente de la misma entidad, excepto los que separan las notas tercera y cuarta, y los que ocurren entre la séptima y la primera de la escala inmediata superior (do,re,mi = fa, sol, la, si = do).

6 — Que consecuentemente, toda manifestación ascen-

dente de cualquier orden se ve retardada entre la tercer y cuarta etapa, y entre la última y la primera del septenario que le sigue. lo que le impide continuar su ascenso en la misma línea original.

7 — Que esto explica por qué no basta con seguir calentando la materia para que pase del estado gaseoso al de energía pura; por qué no pasa la conciencia directamente del estado de sueño profundo al del psiquismo; por qué, en fin, todo movimiento libertador e iluminante, tiende a continuarse siguiendo una línea que se quiebra hasta contradecir la dirección original.

8 — Que en lo que toca a los movimientos descendentes, creadores o regresivos, y siguiendo el esquema dado por la escala musical (...do = si,la,sol,fa = mi,re,do), los intervalos irregulares se producen entre la última nota del septenario precedente y la primera del que se esté considerando, y entre sus etapas cuarta y quinta.

9 — Que esto explica por qué es difícil iniciar un proceso creativo cualquiera, y por qué terminada la etapa de planificación propiamente dicha, se encuentra una nueva dificultad antes de la materialización definitiva de cualquier cosa.

10 — Que explica por qué todo movimiento regresivo, necesita vencer originalmente un obstáculo (que puede ser, por ejemplo, un escrúpulo moral), y otro entre las etapas cuarta y quinta, inmediatamente antes de su materialización.

11 — Que los iniciados menores que se ocupan de la labor mágica de creación, han de sacar muy importantes deducciones del estudio de la escala descendente.

12 — Que comprendida la verdad de lo que antecede, debíamos ocuparnos de buscar si existen o no medios por los que puedan vencerse los obstáculos impuestos por la Ley de las Octavas, tanto en lo que toca al perfeccionamiento del hombre, y por consiguiente al logro de su Libertad e Iluminación, como a la rápida materialización de la labor de las cámaras operativas.

Si con respecto al desenvolvimiento de los septenarios no hubiese más que lo hasta aquí expuesto, sería impo-

sible tanto el descenso del Poder hasta los niveles terrenales, como el ascenso de la conciencia o Alma más allá de los límites temporales. En primer término, ninguna ideación podría materializarse de acuerdo a como fué concebida, porque al llegar a su cuarta etapa se desviaría inexorablemente, y, acaso sin siquiera salir del plano puramente intelectual, continuaría en una dirección distinta para ser desviada nuevamente al alcanzar el siguiente intervalo, y así sucesivamente en forma indefinida mientras durase el impulso o Voluntad que le dió origen... pero los hechos demuestran que no todas las ideaciones se frustran, sino que en numerosos casos logran vencer el obstáculo del intervalo, y se materializan siguiendo su línea original. En segundo lugar, si no existiese nada capaz de llenar los "intervalos" de las escalas descendentes, no podría producirse la encarnación de los seres, pero el hecho de que estemos aquí, demuestra la existencia de un mecanismo capaz de proveer el necesario cuerpo a seres que, por si solos, no podrían proporcionárselo jamás, y por lo tanto no podrían llenar el intervalo natural entre los planos subjetivos y los objetivos y corporales... Y en tercer término, la propia escala sideral que se extiende de Absoluto a Absoluto habría estado impedida de alcanzar la etapa correspondiente a nuestra Tierra en la misma línea de materialización con que se inicia la coagulación de los mundos en el espacio. En efecto: en la línea imaginaria que, pasando por nuestra Tierra se extiende desde el Absoluto a la Nada a través de los distintos órdenes de *seres* celestes, y cuyas siete etapas son: Todas las galaxias (si), la vía láctea (la), nuestro Sol (sol), los Planetas (fa), la Tierra (mi), la Luna (re), y la Nada (do), el Rayo Creador encontraría un intervalo que no podría salvar entre la etapa planetaria y la terrena, intervalo que impediría que las influencias planetarias penetrasen nuestro globo. Pero tampoco en este caso se da esa circunstancia, sino que el planeta "en que vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser" es un organismo vivo en evolución que recibe e irradia tales influencias como si el mencionado intervalo no existiese.

En cuanto a los movimientos ascendentes, también encontramos casos relativamente numerosos en que el impulso original continúa sin desviar su dirección más allá de su tercer etapa. Así, aunque la materia detiene su progresiva sutilización al llegar a su tercer estado físico, en ciertas circunstancias especiales la trasciende y por cierto que en forma muy dramática. Y aunque también, por lo general, la conciencia fracasa en entrar en los planos del psiquismo, no son demasiado raros los casos en que tal estado es logrado. Así mismo, no siempre el proceso iniciático se detiene en su tercer etapa menor fracasando en el logro Mayor, sino que el nacimiento de un Nirmanakaya no solo es posible, sino un hecho repetido aunque no vulgar ni corriente. Nos conviene, pues, y en gran manera, considerar los numerosos casos excepcionales en que no se cumple la aparentemente inexorable desviación, a fin de ver si existe un medio para asegurar el buen éxito de todas nuestras empresas. ¿Qué es lo que provoca la aparente excepción?

En el caso de las ideaciones, el intervalo entre las etapas de elaboración subjetiva y las de la materialización objetiva, lo salvan las organizaciones profanas que, aún sin saberlo, dan albergue a las formas-pensamiento salidas de las cámaras operativas de la Fraternidad, y proveen los medios materiales imprescindibles para su corporización. En el caso de la encarnación, Karma llena el intervalo que media entre la no-existencia y el Si de la escala descendente: y el que media entre los planos subjetivos y objetivos (entre el Fa y el Mi de la misma escala) lo llena, como todos lo sabemos, el acto físico de los padres carnales. En el caso de la octava cósmica, el intervalo apuntado, como lo hace notar Oupensky, lo salva la Vida Orgánica de la Tierra, esa sensible película viviente que recubre nuestro planeta, y cuya finalidad es captar las influencias planetarias y transmitirlas al organismo cósmico del que forma parte.

En cuanto a las escalas ascendentes, el intérvalo existente entre el tercer y el cuarto estado físico de la materia, los salva también la intromisión de un elemento nuevo: un electrón "rompe" el equilibrio dinámico del núcleo atómico y provoca, junto con un cambio de la estructura del rema-

nente, la liberación de la energía o "cuarto estado" de la materia. Similarmente, es la introducción del magnetismo del "operador" en el sistema del sujeto, lo que permite que el "paciente" "entre en trance", o sea, alcance el cuarto estado de conciencia. Y lo mismo en el caso de la iniciación: es la voluntad del iniciador lo que permite que la aspiración del candidato llene el intérvalo que media entre la vida profana y la primera nota de la octava iniciática, y es cierto acontecimiento de índole también magnética el que inicia, dentro del propio organismo del iniciado, la gestación de un nuevo cuerpo sutil en el que, a su debido tiempo, éste nacerá en una nueva dimensión extra-temporal de la existencia, como Nirmanakaya o Beni-Elohim.

En *todos* los casos es, pues, la intromisión de *algo* lo que llena el intérvalo que de otra manera impediría el progreso de todo movimiento en la misma línea original. Pero ¿en qué consiste, o qué es este elemento extraño? Si es verdad que 'el Universo procede del Tattva", o que, como dice Hermes, todas las cosas han sido creadas por adaptación y transformación de un Unico Verbo de un Unico Ser, entonces este elemento no puede ser otra cosa que vibración o "sonido". Porque *todo* es vibración o sonido, y la música de las esferas, seres y átomos de toda magnitud y dimensión, consiste no de una simple octava que se extiende de Absoluto a Absoluto, sino que, dentro de cada una de las notas de la misma, existen nuevas notas y escalas ascendentes y descendentes. Como en una colosal Fuga, las criaturas de toda categoría hacen sonar su melodía dentro del "tempo" del Ser de que forman parte. Y las escalas ascendentes y descendentes, y las notas que las constituyen, se entremezclan en colosal polifonía, se sostienen mutuamente en el acorde, se afectan unas a las otras, o se anulan en la disonancia.

Así, la octava de la ideación de toda obra es soportada por la escala lateral correspondiente a los organismos profanos que la han de poner en práctica. En cierto momento de toda ideación no destinada al fracaso, simultáneamente con cierta nota de la octava principal, comienza a sonar el Do de una nueva escala: la que corresponde al organismo

físico que la ha de materializar. Así es como ocurre "por casualidad" respecto a las creaciones del profano, la materialización de cuyos sueños está sujeta a las contingencias del azar; y así es como el iniciado "conecta" *conscientemente* sus formas-pensamiento con las organizaciones externas que las han de llevar a la práctica. En forma parecida, en determinado momento de la encarnación karmica, comienza a sonar acordemente con la escala principal, el "do" de la octava en que se desenvuelve el amor de los padres carnales que proporcionará el cuerpo físico al Ego que está en proceso de obtener una nueva experiencia carnal; también en este caso, es esta escala lateral la que, al desarrollarse, llenará el intérvalo entre las etapas subjetivas y las objetivas de la encarnación. Y en cuanto a la octava cósmica, juntamente con la etapa Sol de la misma, comienza a sonar acordemente el Do de la escala correspondiente a la vida orgánica del planeta, octava lateral que, al llegar a los niveles de la Tierra va a llenar, como se señaló, el intérvalo existente entre las influencias planetarias y nuestro mundo...

En cuanto a los movimientos ascendentes, también son las octavas laterales las que han de llenar los intervalos entre las etapas tres y cuatro, y siete y ocho. En el caso de la Iniciación, que es lo que interesa primordialmente al estudiante, esas octavas laterales están constituídas por las religiones, los sistemas de Yoga, los Misterios, y las Escuelas Esotéricas, lo que permite llenar el intérvalo que media entre la vida profana y la vida iniciática correspondiente a la octava espiritual.

Y como lo que sugerimos en el párrafo anterior es de importancia vital, nos ocuparemos de ello extensamente en un próximo artículo.



Karma - Yoga

Dijo Arjuna: ¡Oh Ianardana! ¡Oh Keshava!, si tú consideras que la senda de la Sabiduría es superior a la de la acción, ¿por qué me haces intervenir en esta acción terrible? Por estas palabras al parecer contradictorias, estás confundiendo mi entendimiento. Por lo tanto, dime con certeza cual de las sendas he de seguir para que yo pueda alcanzar lo más elevado.

Y contestó Krishna: En este mundo, ¡oh virtuoso!, dos son las sendas, según ya te he descrito: la senda de la Sabiduría es para los meditativos; y la senda de la acción es para los activos.

Un hombre no consigue librarse de la acción por no quererla ejecutarla, ni obtiene la perfección simplemente por rehusar la acción. Nadie puede estar un solo instante sin realizar acciones, porque todos son impelidos por las cualidades propias de la materia de que están hechos, a obrar incesantemente.

Aquel que, refrenando los órganos de la acción, sigue acariciando en su mente pensamientos de objetos sensorios, está engañado y se le llama hipócrita. Pero ¡oh Arjuna! aquel que, teniendo contraloreados los sentidos por la mente, sigue, sin ligarse, la senda de la acción, con los órganos de la acción, ese es estimado.

Ejecuta tú, por lo tanto, las acciones justas y obligatorias, porque la acción es superior a la inacción. Sin la obra, ni la misma existencia corporal es posible. Este mundo está ligado por las acciones, es cierto, pero no cuando son ejecu-

tadas por Sacrificio. Por lo tanto, ¡oh hijo de Kunti!, ejecuta la acción sin ligarte a ella.

En el principio, el Señor de las criaturas, habiendo creado al género humano conjuntamente con los ritos dijo: "Por este sacrificio ritual prosperaréis, y obtendréis todos los resultados deseados. Por este sacrificio ritual agradaréis a los Devas, y éstos a su vez os estimarán a vosotros. Así, por este servicio de unos a otros alcanzaréis el más elevado bien. Los Devas, complacidos por el sacrificio os concederán todos los objetos de vuestros deseos". El que disfruta de los objetos con que los Devas le obsequian sin ofrecerles nada, es, en verdad, un ladrón.

Los justos, que comen los restos del sacrificio, se libran de todos los pecados; pero los injustos, que cocinan para sí mismos, comen pecado.

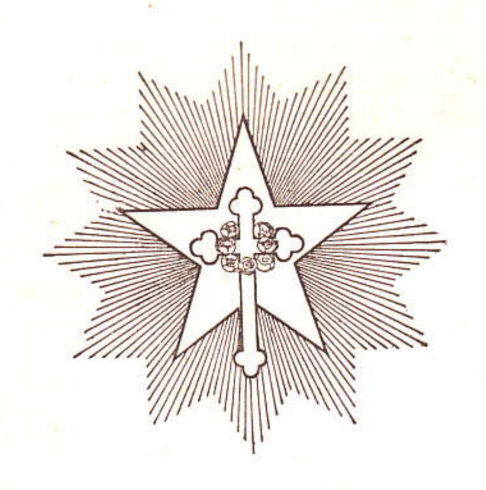
Las criaturas proceden del alimento; el alimento procede de la lluvia; la lluvia viene como resultado del sacrificio ritual; y el sacrificio ritual es Acción.

Has de saber que la Acción procede de los Vedas, y los Vedas del imperecedero. Por lo tanto, la omnipresente Verdad descansa siempre en el sacrificio ritual.

Aquel que aquí no sigue la rueda que de este modo ha sido puesta en movimiento, vive en pecado. Tal hombre vive en vano, ¡oh Partha! Por consiguiente, manteniéndote desligado, ejecuta la obra que debe ser hecha, incesantemente; porque por la ejecución de la acción, sin ligarse, el hombre obtiene lo más elevado. En verdad sólo por la acción, Janaka y otras grandes almas obtuvieron la perfección. Tú también teniendo por móvil el beneficiar a la humanidad, debes ejecutar la acción.

(Brimad - Bhagavad - Gita: III).

◎



TALLERES
GRÁFICOS
"GOES"
GRAL. FLOES 2226